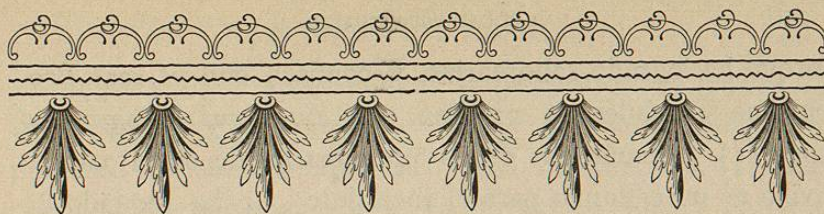


UN PENSAMIENTO SALUDABLE



UN PENSAMIENTO SALUDABLE

DÍCENOS San Pablo en su primera carta á los fieles de Tesalónica, que *la voluntad de Dios es que nos santifiquemos* (1). Y yo, que conozco sobradamente vuestros nobles sentimientos y la acendrada piedad de vuestras almas, atrévome á asegurar, y no temo equivocarme, que este es también, por virtud divina, el deseo más ardiente de vuestros corazones: *Ser santas en el cuerpo y en el espíritu*, como dice el Apóstol (2). Digo que no me equivoco, porque una de las señales características de las almas que aspiran á la perfección es el deseo vivo y constante de oír á menudo la palabra divina, y esta señal la veo en vosotras, en todas sin excepción, y ello me da lugar á creer que todas sois de Dios (3), que todas pertenecéis á la noble escuela de Cristo, como Él mismo asegura por el Evangelista San Juan cuando dice: *El que es de Dios, escucha con gusto sus palabras* (4),

(1) I. Thessal., IV, 3; Levit.,
XX, 7.

(2) I. Corinth., VII, 34.

(3) I. Corinth., III, 23; I. Corinth.,
VI, 19.

(4) Joann., VIII, 47.

porque ha logrado saborearlas, y confiesa con el real Profeta que son dulces á su alma, *más dulces que la miel y el panal* (1). Además, ese deseo que mostráis de oír la palabra divina es un estímulo para el sacerdote que ha recibido de Dios el sublime encargo de predicarla (2), porque sabe que, tratándose de personas religiosas, hambrientas siempre de doctrina, esta divina semilla (3) cae en tierra fértil y agradecida y ha de producir el *ciento por uno* (4), porque tal es la virtud maravillosa que ella entraña, como emanada del Corazón del divino Maestro, Cristo Jesús, manantial inagotable de gracia y de verdad (5).

Pues bien, hermanas mías: á eso he venido, á sembrar en la tierra bendecida (6) de vuestros corazones un pensamiento saludable, una verdad de fe terribilísima en la cual quizá no hemos pensado, pero que sosegadamente meditada con fe viva y puesta en práctica con ayuda de la gracia, creo ha de tener virtud para reformar nuestra vida, ó á lo menos para estimularnos á andar siempre fervorosos en el servicio divino (7). Voy á explicárosla en ceñidas palabras.

Empecemos confesando una verdad tristísima que nunca debemos olvidar, esto es, que *todos hemos pecado* (8). ¿Quién, pregunta el Sabio, *puede decir con verdad: Mi corazón está limpio, libre soy de todo pecado?* (9). *Si alguno dijere que no tiene pecado*, añade el Evangelista San Juan, *miente y él mismo se engaña* (10). Más aún: quizá hemos ofendido á Dios grave-

(1) Psal. XVIII, 11; Psal. CXVIII, 103.
 (2) Matth., XXVIII, 19.
 (3) Luc., VIII, 11.
 (4) Matth., XIII, 8.
 (5) Exod., XXXIV, 6; Psal. LXXXV, 15; Matth., XXII, 16; Marc., XII, 14; Rom., III, 4; I. Joann., V, 6; Apocal., XIX, 11.

(6) Psal. LXXXIV, 2.
 (7) Rom., XII, 11.
 (8) Jacob., III, 2.
 (9) II. Paral., VI, 36; III. Reg., VIII, 46; Ecclesiast., VII, 21; Prov., XX, 9.
 (10) I. Joann., I, 8.

mente con el pensamiento, con la palabra ó con la obra. Si así es, por desgracia, debemos colegir que hemos sido reos, por más ó menos tiempo, de eterna condenación (1); que merecimos el infierno, y si no fuera porque Dios se ha compadecido de nosotros (2), ahora estaríamos ardiendo en aquellas simas incandescentes por toda la eternidad. Esta es una verdad de fe (3). Vamos á desenvolverla, valiéndonos de una hipótesis que para muchos desventurados es una realidad.

Supongamos que al primer pecado grave que cometimos, Dios, obrando con equidad y justicia (4), nos quitó la vida súbitamente y que al punto fuimos lanzados como un rayo en los abismos infernales (5). En ese caso, ¿qué sería de nosotros? ¡Ah!, sólo el mentarlo causa horror y espanto. Nos hallaríamos ahora revolviéndonos desesperados en aquellas llamas vivísimas de fuego inextinguible (6). Nos hallaríamos ahora lanzando ayes desgarradores; aullando como lobos hambrientos; maldiciendo la hora en que fuimos concebidos (7); maldiciendo á nuestras madres porque no nos quitaron la vida antes de darnos á luz, y en verdad vale más no haber nacido que haber pecado (8); maldiciendo á la tierra porque no nos tragó vivos cuando estábamos en gracia; maldiciendo sobre todo al pecado que en mal hora cometimos, puesto que era la única causa de nuestra eterna desventura (9). Aguijoneados por *el gusano* de la conciencia que *nunca muere* (10); martirizados por *el hambre y la sed que nunca se apagan* (11), en vano pediríamos, como el rico Epu-

(1) Psal. XCIII, 17; Ezech., XVIII, 4.
 (2) Thren., III, 22.
 (3) Exod., XXXII, 33; Ezech., XVIII, 4.
 (4) Psal. XVIII, 10; Psal. CXVIII, 137.
 (5) Luc., X, 18.

(6) Marc., IX, 43.
 (7) Job, III, 3.
 (8) Matth., XXVI, 24.
 (9) Núm., XXXII, 23; Job, XXIV, 19.
 (10) Marc., IX, 43.
 (11) Marc., IX, 45-47.

lón, una gota de agua (1) para humedecer siquiera nuestras fauces caldeadas por aquel fuego que abrasa sin consumir (2), alimentado por el soplo de la justicia de Dios, cuyo hermosísimo rostro jamás habíamos de contemplar (3). En vano clamaríamos al cielo, perdido por nuestra culpa (4); ni á los ángeles custodios, testigos de nuestro pecado; ni á la Virgen María, en otro tiempo Madre cariñosísima, porque ya no podría interceder por nosotros ni defendernos de aquellos monstruos infernales cobijándonos bajo su manto amorosísimo, pues ya no era Madre nuestra. Agotaríanse nuestras fuerzas y tendríamos que renunciar para siempre á toda esperanza... Mas, ¿qué oigo, hermanas mías? ¿Qué extraña novedad ocurre en este lugar de eterna desventura?... ¿Quién nos llama por nuestro propio nombre?... ¡Ah!, es el ángel custodio, enviado de Dios para sacarnos de aquellas penas acerbísimas, y concedernos un breve plazo para expiar en el mundo nuestro único pecado con penitencias voluntarias...

Decidme, carísimas hermanas, porque yo no puedo imaginarlo siquiera, decidme: ¿qué efecto, qué impresión causaría en todo nuestro sér el vernos otra vez en este mundo—que por cierto ya nos habría olvidado (5)—libres de las cadenas infernales que habrían descoyuntado nuestro cuerpo ennegrecido por el humo, chamuscado horriblemente por el fuego, desollado y deshecho por los pasados tormentos?... «¿Estoy soñando ó despierto?—exclamaríamos.—¿Es esto «cierto ó ilusión de mi fantasía?... Yo... sentenciado á padecer eternamente sin mérito y sin alivio... condenado á estéril llanto sempiterno (6), ¿he vuelto realmente del infierno, «de donde nadie ha salido ni saldrá jamás?... Y ¿puedo

(1) Luc., XVI, 24.

(2) Isai., XXXIV, 10; Isai., LXVI, 24.

(3) Matth., XXV, 41.

(4) Osee, XIII, 9.

(5) Ecclesiast., IX, 5.

(6) Matth., VIII, 12; Matth., XXIV, 51; Luc., XIII, 28.

«expiar cumplidamente mi pecado... y recobrar la amistad «divina... y ser admitido en el cielo para extasiarme en la «eterna contemplación de la embelesadora hermosura de mi «Dios (1), cuyo benditísimo Nombre tan horriblemente he «maldecido?... ¡¡Oh dicha soberana!! ¡¡Oh felicidad por ningún «título merecida!!...» ¿Quién, repito, será capaz de describir el confuso tropel de ideas, afectos, deseos y sentimientos que henchirían nuestro pobre corazón en aquellos momentos supremos?... ¡Cuán inmensa no sería nuestra gratitud para con Dios que se había dignado poner sus ojos en nosotros entre tantos millares de réprobos, puesto que á ningún otro había de otorgar jamás esta imponderable merced!... Ante todo buscaríamos con ardor anhelante la morada de Dios, un templo, y entrando en él hechos una lástima, nos arrojaríamos transidos de dolor á los pies del sacerdote para confesar el pecado, de cuya gravedad y malicia estaríamos tan penetrados como del fuego infernal que había circulado por nuestras venas... ¡Con qué dolor, con qué lágrimas y gemidos nos acusaríamos culpables!... ¡Qué propósito tan firme y tan eficaz sellaría nuestro arrepentimiento!... Recobrada la gracia divina, y deshechos en llanto, buscaríamos á Jesús en el Sagrario para derramar en su presencia nuestro corazón, henchido de gratitud, y hacerle mil protestas de amor y fidelidad mientras nos durare la vida; y le pediríamos su paternal bendición para comenzar desde luego una vida nueva, una vida de penitencia y de fervor que llenara de asombro á los pecadores más empedernidos y sirviese de ejemplo aun á los justos y fervorosos...

Y como, por punto general, este santo designio no suele efectuarse cumplidamente sino poniendo nuestra voluntad y juicio en manos de la obediencia—camino llano y el más

(1) Psal. XLIV, 5; Cant., I, 15; I. Corinth., XIII, 12; I. Petr., I, 12.